

JUEGO DE SALA

Álvaro Antonio de Jesús
Martínez Gómez

El domingo me desperté al mediodía con una resaca de los mil demonios. Cuando el techo por fin se detuvo, me levanté y caminé hacia la cocina decidido a recuperar parte del líquido que había perdido de madrugada. Me fue imposible. Toda mi sala estaba llena de sillas. No había esquina libre y se apilaban tan alto como el techo. Me asusté tanto que caí sentado. Una vez que me recuperé de aquella primera impresión, caminé de lado a lado y, finalmente, tras observar las sillas un rato, caí en cuenta de que eran las mismas de caoba que había comprado la semana anterior. Sin terminar de entender qué ocurría, concluí en que era lo mejor empezar a quitar las sillas una por una; pero me cansé pronto y recordé entonces mi sed. Regresé a mi cuarto y desde allí llamé por teléfono a Josué. Como no me contestó, decidí dejarle un mensaje. Noté en ese momento que mi boca estaba tan seca que no podía hablar. Me dirigí al baño e hice gárgaras, y luego bebí agua hasta que me dolió el estómago. Tal era mi sed.

Llamé luego a Bartolomé y le conté lo que sucedía, procurando disimular mi temor. Él me preguntó si podía venir a llevarse algunas de las sillas, ya que en su casa faltaban. Me molesté tanto que colgué. Llamé entonces a Raúl, pero me contestó su madre. La saludé y pregunté por él. Fue cuando rompió en llanto y me dijo que Raúl había muerto. Me apené tanto que colgué. Opté por comunicarme con alguien menos cercano, de manera que si resultaba también estar muerto no me apenaría tanto. Pablo me contestó casi al instante y tuve que recordarle mi apellido. Le conté lo que sucedía. Entonces me explicó que a veces eso pasa con las sillas cuando se

bebe lo que yo bebí, y que lo mejor era que me acostara otra vez y procurara olvidarme del asunto. Como parecía un tipo sabio, quise platicar un rato más, pero colgó. Hice lo que me dijo y pronto me quedé dormido. Cuando desperté ya era de noche. Como tenía hambre me dirigí hacia la cocina. Esta vez no había sillas que interrumpieran mi camino. Me sorprendí, pero mi felicidad era más grande que mi sorpresa. Caminé dando saltos, bebí más agua y freí un buen trozo de carne. Ya era tarde, así que, aunque no tenía sueño, me acosté. Una vez más, pronto me quedé dormido.

El lunes desperté y sentí que había dormido por días. Me apresuré en alistarme para ir al trabajo y cuando salí a la sala, las sillas estaban de nuevo allí. Me confundí tanto que caí sentado. Sin levantarme del piso y resignado, me acerqué gateando hasta las sillas. Caí en cuenta entonces de que eran las sillas que tenía antes de comprar las de caoba. Como no sabía qué hacer llamé a Pablo y le conté todo lo que había ocurrido desde que hablamos. Entonces me explicó que en realidad era miércoles y que a veces eso sucede con las sillas cuando se duerme lo que yo dormí, y que lo mejor era que me quedase despierto hasta que las sillas desaparecieran otra vez. Me dijo también que debería llamar a mi jefe e informarle de la situación. Como parecía tener una respuesta para todo, quise hacerle más preguntas, pero colgó. Llamé a mi jefe y lo puse al corriente de lo que estaba ocurriendo en mi casa. Pensó que me estaba burlando de él, así que me despidió y, después de llamarme loco, también colgó.

Al principio me preocupé de estar desempleado. Luego, recordé las sillas en la sala y pensé que podrían no desaparecer y entonces estar desempleado sería la menor de mis preocupaciones. Así se fue la mitad del día. Ya por la tarde, el hambre me quitó las ganas de pensar. Tenía tanta hambre que olvidé las sillas y me apresuré a la cocina. Comí hasta que me dolió el estómago. Solo en ese momento las sillas volvieron a mi cabeza. Me asomé a la sala y las sillas no estaban. Como no sabía si regresarían alguna vez, salí a comprar un hacha. Me tomó mucho tiempo encontrar una y era muy pesada; así que, cuando estuve de nuevo en casa, me fui a dormir.

El jueves por la mañana me asomé a la sala y vi que las sillas estaban ahí. Tomé el hacha que había com-

prado y la cargué hasta donde estaban las sillas. La alcé cuanto pude y di un golpe con todas mis fuerzas. Me dolió tanto que caí sentado. Sin recuperarme por completo del dolor, noté que las sillas esta vez eran de metal macizo y que jamás las había visto. Esta vez decidí no molestar a Pablo y simplemente esperé en mi cuarto, como lo había hecho el día anterior. Pero había comido tanto aquella vez que me pasó todo lo contrario. No sentía hambre en absoluto, entonces me dediqué a pensar en las sillas. Así se pasó todo el día. Pensé tanto en las sillas que, cuando salí a verlas, ya no estaban. Entonces abrí la puerta de mi casa y la dejé así por si alguien venía alguna vez. Luego caminé hasta la cocina y, como estaba aburrido, comí hasta que no quedé nada. La comida me dio sueño. Regresé a mi habitación y dormí.

El viernes las sillas eran de plástico. Como ya me había acostumbrado a tener sillas en mi sala, me senté. Sin embargo, después de un rato, cuando noté que seguían siendo un problema, llamé a Pablo. Le conté todo lo que había ocurrido desde la segunda vez que hablamos. Me explicó que a veces eso pasa con las sillas cuando se come lo que yo comí, y que era mejor que no comiera nada hasta que las sillas desaparecieran otra vez. Como siempre me contestaba lo mismo, le colgué y decidí no llamarlo más. Hacia el mediodía me llamó Josué. A pesar de que conversamos toda la tarde no le mencioné nada sobre las sillas. Se despidió de mí y yo de él. Pensé entonces que no pensar en las sillas pudo hacerlas desaparecer, pero me di cuenta de que había vuelto a pensar en ellas, así que no encontré mayor sentido en salir a ver. No tenía hambre ni sueño. A decir verdad tampoco sentía frío ni calor. No me sentía feliz o triste. Entonces tuve miedo de estar muerto y me pasé la noche recordando todo lo que había hecho mientras viví.

El sábado, en lugar de sillas, me topé con una maldija de ramas gruesas. Me sorprendí, pero no demasiado, así que me quedé en pie. Caminé de lado a lado y concluí en que lo mejor era buscar el hacha y cortar la madera. Busqué por largo rato, pero el hacha no estaba en ningún lugar. Para consolarme me dije que, de cualquier forma, jamás hubiera podido cortar solo tanta madera. Entonces llamé a Bartolomé. Aunque estaba molesto con él, recordaba que había dejado la puerta abierta. Así pues,

le dije que ya no tenía sillas, que tenía madera, y que si la quería podía llevarse cuanta quisiera. Después de algunas horas Bartolomé apareció con sus diecisiete tíos, sus doce hermanos, sus cuarenta y nueve primos y sus incontables hijos y sobrinos, y se llevaron la mitad de la madera. Cuando me asomé ya se podían ver el techo y la mitad de las cosas. En ese momento, perdoné a Bartolomé. Fui a lavarme la cara y regresé a decidir qué haría con el resto de la madera. Esta vez, posado en una de las ramas, un halcón me miraba fijamente. Me quité uno de los zapatos para arrojárselo. Pero era un animal muy hermoso y quise que se quedara. Además, empezaba a sentirme solo. No sabía cuánto tiempo se quedaría, aun así, me pareció que era lo mejor ponerle un nombre y lo llamé Raúl. Lo contemplé hasta que se hizo de noche y luego hasta que me quedé dormido. Pero como soñé con él, supongo que lo contemplé hasta que amaneció.

El domingo las ramas seguían hasta la mitad y el halcón no se había movido de su sitio. Sentía que no había hablado con nadie en mucho tiempo, así que llamé a Raúl. Vino volando hasta mí y le conté todo lo que había pasado. Le dije que lamentaba mucho su muerte y que también sentía haberle colgado el teléfono a su madre. Conversamos por muchas horas. De hecho, conversamos durante tanto tiempo que Raúl murió otra vez. Lloré amargamente y maldije a las sillas de caoba que había comprado, y a las que había tenido antes, y a las de metal que no había visto jamás, también maldije a las sillas de plástico, y a Pablo, y si no hubiese perdonado a Bartolomé, lo hubiese maldecido a él también. Después sonreí un momento con la idea de que al menos Josué estaba bien.

Regresé a mi cuarto y busqué entre mi ropa una caja de cigarros viejos de la

época en que fumaba. Cuando la encontré, busqué dentro de ella una caja de cerillos viejos con los que encendía los cigarros. Encendí los pocos cerillos que quedaban y los arrojé a la madera. Por primera vez sentí que sabía qué iba a pasar y me sentí tranquilo. Pero vinieron a mi mente mis vecinos y sus

casas. Y me sentí triste por ellos. Y sentí el calor de la madera que comenzaba a arder. Y, curiosamente, sentí hambre también. Me apresuré a mi cuarto y llamé a los bomberos. Les narré con detalle lo que había ocurrido en toda la semana y también les hablé del fuego. El hombre que atendió el teléfono me dijo que estaba loco. Pensé, entonces, que quizás tenía razón. Y colgué.